

jueves
25 de febrero
de 2021

Mi mamá fue la primera en saberlo. Le dije que quería pasar a su casa por unos mates, llevarle los resultados de un análisis de sangre para que me los mirara. Siempre fue buena leyendo la sangre porque retiene con facilidad nombres raros. Valores, porcentajes, rangos. Un poco por ser madre de tres, otro poco por haber leído tantos análisis de su madre y padre y otro tanto porque simplemente le gusta, punto. No es doctora ni estudió nada relacionado con las ciencias, pero yo soy de las que cree en los aprendizajes vivos. Más que nada, creo en mi mamá.

No sé por qué asumí que íbamos a estar solas. Justo bajó y se quiso quedar, me dijo apenas toqué a su puerta, mientras Viole miraba los dibujitos en la cocina. La misma cocina donde yo crecí antes de que esa casa se convirtiera en dos: una arriba, otra abajo, definieron papá y mamá después de separarse. Durante varios años viví arriba. Con un novio convivimos ahí un tiempo, la pintamos y después, ya separada, yo sola la arreglé hasta darle un carácter de independencia. Toda la independencia que puede adquirir una casa que es tuya y también no tuya. Cuando Viole cumplió dos meses de vida yo me mudé a un departamento en Villa Luro que olía a independencia de verdad y mi hermana y Viole se mudaron a la casi independiente.



San Pedro 4655, Parque Avellaneda.

Buenos Aires, 1987

Quise elegir un momento, pensarlo estratégicamente, ignorando no sé por qué que el factor sorpresa nunca se me ha dado bien porque me agarra ansiedad imaginar la reacción de quien se sorprende (o no). Con Loli mirándonos fijo, la perra Dalmata de mamá, calentamos el agua y nos sentamos en el sillón del living, frente al ventanal que da al jardín, lo suficientemente lejos del eco que tenía a Viole hipnotizada. Lo suficientemente íntimo para una reacción natural.

Abrió el sobre. Sus ojos recorrieron izquierda derecha izquierda derecha. Como una ráfaga que te despeina de un sopetón, después de algunos minutos —tal vez segundos— se agarró la cabeza con las dos manos y soltó un grito sacado. Tan desencajado y eufórico que me puso también a bramar. Estábamos en esa, arriba, sacadas las dos, cuando tocaron a la puerta y el flujo se interrumpió, como cuando salta el interruptor, se corta la luz y por un instante te quedas totalmente quieta, ajustando el ojo a la oscuridad. Desde la casi independiente casa de arriba mi hermana había oído nuestros gritos.

Le inventamos una excusa, un chiste. Sin mirar, buscando con la mano el cierre abierto de mi bolso, guardé los papeles y me despedí rápido. La llegada inesperada de mi hermana Andre, me cayó la ficha cuando me subí al auto, había sido como una epifanía. Una escena que ilustraba a la perfección la historia de mi vida: una niña que nació cuando su hermano mayor era un pequeño de tres años, una beba que tenía cuatro meses de vida cuando su mamá recibió un tercer embarazo en la puerta. No hay vida sin Dani y Andre, ningún registro de esa sensación que debe provocar esperar a alguien, hacerle lugar a un otro.

TENER A MAMÁ SOLO PARA MÍ

ES COMO COMO DEJAR

DESHACERSE UNA TABLETA

DE CHOCOLATE EN LA

LENGUA SIN QUERER QUE TERMINE.

A veces me cuesta un poco respirar. Todo el tejido que me recubre está constantemente estirándose, haciendo hueco, esta semana la pancita creció bastante y mi piel lo re-siente. Con frecuencia me preguntan si estoy usando alguna crema. Respondo que sí, una hidratante después de bañarme o antes de dormir, pero la pregunta siempre viene con un tonito de precaución. Un embarazo deja marcas y nadie tiene ganas de verlas.

Aunque es solo un bultito la panza me hace sentir importante. Me estiro bien la ropa contra el cuerpo para que se note. Quiero que se vea. Me miro y me re miro cada vez que paso frente a un espejo o una vidriera. ¿Será eso sentirse orgullosa? ¿Qué pensarán las personas de mí? ¿Qué pienso yo cuando veo por la calle a una embarazada?

Hoy fuimos a ver obstetras. Hay algo que por regla general no me gusta: desde que llego hasta que me voy, en ningún momento me siento cómoda. Es todo muy del examen, sumamente impersonal y me cuesta no apichonarme. Agacho la cabeza, los hombros se me encogen, me río nerviosa, como si mi cuerpo respondiera sólo a un reflejo: obedecer. El obstetra ordena, una asiente, hay una dialéctica instalada, un juego de roles medio perverso. Siempre que voy me vuelvo con todas mis preguntas sin responder, las que hice y no supieron cómo, y las que ni siquiera me atreví a hacer. Empiezo a pensar que es un malestar generalizado; todos me provocan duda y miedo. Tengo que tener confianza, me repito, pero estoy fundida. Estás consumiéndome toda y de algún modo eso también me contenta. Hace más real tu presencia adentro, siempre conmigo, siendo muy de a poquito tres. Mati lleva un tiempo

tomando más la iniciativa, activando la posta. Llama a los obstetras, pide turnos, hace las compras, prepara la cena y propone salidas para despejarnos. Todas las tardes cuando vuelve de trabajar salimos a caminar un rato, aunque sea ida y vuelta a la plaza. Desde el primer día de la pandemia nunca dejó de trabajar, de salir de casa, hasta en los momentos más álgidos fue corresponsal. Confío mucho en su cuidado, pero algunas veces tengo miedo. Un par de discusiones, quizás, ha habido por sentir que se cuidó menos de lo debido. Algunas veces, quizás, no es siempre. Alguna vez y quizás se parecen.

La pandemia en
Argentina, a
febrero de 2021.

casos confirmados:

2.098.728

personas fallecidas:

51.887

viernes
5 de marzo
de 2021

Tengo diez semanas ¿Cuántas semanas hace que algo? Esta es la primera vez que cuento en semanas, que vendrían siendo algo así como las hermanas menores de los meses que, de pronto, tienen un poder monumental. Ninguna semana es igual a la otra y todas son relevantes: en la 20 un examen, en la 26 otro, en la veintipico la ecografía que confirma uno o descarta lo otro. Lo más difícil es aceptar que todo es involuntario. Que acontece, como mal de ojo, la vida misma. A veces me siento tan poderosa como las semanas. Llego a creer que lo estoy logrando, que estoy pudiendo, que es sencillo correr con ellas, pero no, y esa es su naturaleza: un estado crudo con el que me cuesta conectar. Quiero llenarme de energía, ser materia que produce movimiento, luz y calor.



Que la luz me envuelva

Que el calor me encienda



soy un capullo haciendo casita
me envuelvo, me acuno, me arrullo
me cuido, me mimo, me observo
protagonista de este momento
de vida infinita y potencia
de la creación dentro de mí

puerta . . . del . . .
torbellino

no me preguntes
qué me voy a poner cuando cruce
a la inmensidad del otro lado

escuchá
no me bombardees
que estoy tomada, sacudida
poseída

de miedos háblame sin llenarme de ellos
háblame y la lengua madre
no des por sentada

no me hagas difíciles las preguntas
términos que no conozco no pronuncies
panzas, gestaciones y partos

es monotema
la susceptibilidad
mientras sostengo vida

de incertidumbre de introspección
son las semanas ensambladas al cuerpo
mente y alma cosidos por un hilo
invisible

sucedes
te charlo
te cuento
te canto
transcurre
me toco
con mimos
un poco

Che!

¿no les parece raro que los varones progenitores queden libres de culpa, antecedentes y análisis? A mami la edad, el estado físico y las enfermedades de su linaje, a papi ni idea, cincuenta por ciento en la criatura y cero por ciento de responsabilidad en el desarrollo de la gestación. Bronca y admiración me da lo tuyo.

Nos dijeron que la ecografía puede hacerse entre la semana 11 y la 14. ¿Por qué no solo eligen una? Así no retan a nadie, como a nosotres, que llegamos al Hospital Italiano en la 12 y nos asaron como pedazo de carne. Eran dos ecógrafas, el gel estaba frío y mientras la maquinita me recorría ellas jugaban a la batalla naval.

¿Será que me podrás ir diciendo lo que ves, por favor?, pregunté. Silencio, me respondió una, necesito concentrarme porque esta ecografía es muy importante y no se ve muy bien, apenas estás de doce semanas, remató. B23/G58/T94, el gel seguía frío, mis manos sudaban pero mi cuerpo por reflejo obedecía, haciéndose el muerto como presa de leones hambrientos. Pueden ir saliendo chicos, todo bien, fue lo único que dijo antes de irse. ¿Qué es realmente "todo bien"? ¿Cuántas cosas quedan dentro y fuera de un "todo bien"? Vos también escuchaste que estaba todo bien, ¿no?, le pregunté a Mati hecha bolita, sentada en el cordón de la vereda, llorando con los mocos tendidos mientras me acariciaba la cabeza.

Todo recae en mí y cuando sos el todo de algo o alguien es inevitable sentir culpa. Por ahora todo sigue siendo abstracto. El tiempo pasa, el abdomen crece y lo disfruto, pero necesito descargar un poco de mierda. Decir, largar, dialogar. Hacer red con «otras» que necesiten botar mierda como yo, cualquier «otra» que no sea Mati. Reconozco que se esfuerza un montón, pero no creo que logre realmente comprenderme y eso me frustra. Necesito hablar con «otras», unas que sepan escucharme y entenderme, que no me juzguen.

La vivo como puedo y de momento es así, vertiginosa con el tiempo, resentida con quien me cuestiona. El bebé está bien, yo estoy bien, tenemos salud, diría mi abuela, pero la consulta obstétrica no me alcanza. No puedo ser solo una catarata de mierda.

Una copa de vino, un poquito
de porro, algo de aquelarre.
Un rastro de ese placer tan
mío y cotidiano.

Hay una bomba en
mi casa. A veces
la siento hacer
tic - tac.